

RETORICA, DEBATE, CENSURA Y VERDAD

*La oratoria política es el arte de decir
vulgaridades con corrección y propiedad.*

A. Palacio Valdez

En la vida política la naturaleza del discurso es en general distinta que la de la ciencia. Desde el punto de vista **lógico** si hay dos grupos en disputa uno podría ser catalogado como el que **sabe** y el otro como el que **opina**, o uno como el que sostiene la **verdad** y el otro como el que mantiene una **opinión falsa**. Pero desde el punto de vista **político** los oponentes representan un conflicto de opinión en el que cada grupo merece el beneficio de la duda de que la verdad se encuentra de su lado.

Al lenguaje o discurso que se utiliza en el mundo político se le da el nombre de "**Retórica**", que es el arte de persuadir mediante el uso de instrumentos lingüísticos. El diálogo platónico que lleva por nombre Gorgias, o de la Retórica, indaga con insuperable maestría este tema. Para Gorgias, la retórica "**es un arte que tiene que ver con los discursos, más no todos, sino con aquellos que se ocupan de producir persuasión en los miembros de los tribunales y en las asambleas del pueblo, y que versan sobre lo justo y lo injusto**". Para Sócrates, si se aplica para halagar las pasiones de la muchedumbre, la retórica es el punto más bajo en el que puede caer la elocuencia. Expresa: "**Deja de ser un arte y se convierte en un empirismo, una rutina semejante a la cocina, que se limita a agrandar con determinados platos, aún a costa de la salud**". Más adelante Sócrates

le pregunta a Gorgias: "¿Te parece que los oradores hablan siempre con la atención puesta en el mayor bien y que persiguen la manera de conseguir que los conciudadanos sean lo mejor posible por obra y gracia de sus discursos? ¿O también ellos buscan afanosos el agradar a los ciudadanos y despreciando el bien común con la vista puesta en su propio interés, tratan a los pueblos como niños sin otra aspiración que darles gusto y sin pararse a pensar si mejorarán o empeorarán por ese procedimiento?" El mismo contesta: "En efecto, si hay dos clases de retórica, la última será adulación y vergonzosa oratoria demagógica, y la bella será la otra...".

¿Podrán encontrarse palabras más elocuentes y precisas para describir la oratoria política del presente o de cualquier otro momento de la historia? ¿Cuál es el remedio para esta inevitable realidad del discurso político? La solución, la única que se conoce desde hace dos milenios y medio, es el más constante e intenso debate y escrutinio de todos los asuntos públicos. Únicamente mediante la colisión de los distintos puntos de vista -cada uno de los cuales es parcial, subjetivo e interesado- pueden purificarse un poco los argumentos. **"Si una opinión no ha sido completa, frecuente y valientemente discutida** -expresó John Stuart Mill- **será sostenida como un dogma muerto, y no como una verdad viviente"**. Por eso -entre otras muchas razones- es tan dañina y perversa toda forma de censura sobre el pensamiento humano. No tiene caso que hablemos cuando otros lo han hecho con insuperable lucidez. Oigamos de nuevo a Mill: **"La singular maldad de silenciar la expresión de una opinión es que crea una**

confiscación a la raza humana, a la posteridad así como a las actuales generaciones: si la opinión es correcta, se les está privando de la posibilidad de cambiar el error por la verdad; si es equivocada, pierden un beneficio casi tan grande como el anterior: la posibilidad de tener una percepción más clara y una impresión más viva de la verdad como consecuencia de su colisión con el error”.

Hemos arribado a la verdad. En realidad prefiero hablar del error más que de la verdad. La certeza generalmente es una ilusión. En la política y en las leyes, la verdad casi siempre es provisional. Sin embargo, a pesar de su naturaleza vaporosa, en algunas ocasiones en los asuntos humanos no es difícil reconocerla. Todos podemos distinguir entre la censura y la irrestricta libertad de expresión, entre la corrupción y la honestidad, entre la promesa cumplida y la promesa incumplida, entre una detención arbitraria y una que no lo es. Pero en la vida pública a menudo lo que vemos es distinto a lo que es; la apariencia ensombrece al hecho.

La verdad no goza de gran estima entre los seres humanos; casi siempre ha tenido su cabeza escondida entre las tinieblas de la historia. Ni siquiera las verdades de las ciencias naturales, más fácilmente verificables, son respetadas. En las ciencias que estudian la conducta humana, cuyas principales substancias son el prejuicio, la ignorancia, el interés y la superstición, su presencia es aún más tímida.

Es al menos ingenuo creer que la verdad siempre prevalece. Lo normal es lo contrario. Las verdades han

pasado enterradas durante la mayor parte de la historia. Aún la presencia radiante de la verdad, en los pocos casos en que eso ocurre, posee una débil influencia sobre las mentes y los corazones humanos. Es posible afirmar que la verdad casi nunca es un factor determinante de las creencias humanas. Los seres humanos, en general, creemos lo que queremos creer. Planck lo expuso de esta manera: **“Una nueva verdad científica no triunfa convenciendo a sus oponentes y haciéndolos ver la luz, sino más bien porque sus oponentes eventualmente mueren, y una nueva generación crece familiarizada con esa verdad”**.